

## El Espíritu y el Estado

*Especial para la REVISTA DEL ROSARIO.*

La agitación política que reina en el país en los actuales momentos, y que amenaza conducirnos a una gran catástrofe colectiva, como la de que ahora es víctima España, puede enfocarse desde dos puntos de vista. Uno sería la consideración de las causas inmediatas que han producido tal estado general de ánimo, como la actitud del directorio nacional conservador, la dirección intelectual y práctica del gobierno, el fenómeno del desarrollo del sindicalismo, la formación del frente popular; puntos que no es del caso tratar en una publicación del carácter apolítico de la REVISTA DEL ROSARIO. Otro punto de vista más interesante, y que sin embargo a pocos escritores interesa, es la causa mediata de esta tónica general de las conciencias que día a día nos precipita a extremos de desgracia pública.

En un país de tan escasa y rudimentaria educación como el nuestro, la política ha venido naturalmente constituyendo la única manifestación intelectual de carácter colectivo. Naturalmente, porque la política está integrada por un mínimo de inteligencia y un máximo de capacidad emotiva, casi podría decirse que instintiva. Las fórmulas políticas son esquemas prácticos que pretenden englobar un vasto complejo de nociones que son propias de la vida mental y de la vida moral. Pueden condensarse en pocas palabras que despierten la esperanza o la codicia o el temor de las masas y que sean capaces de convertirse para ellas, en virtud de su incapacidad para el análisis, en locuciones sacramentales, fuera de las cuales, sabe Dios por qué, no hay salvación posible. "Regeneración o catástrofe"; "sufragio libre, no reelección"; "el clero, hé ahí el enemigo"; "Dios y federación"; "trabajadores de todos los países, uníos"; he aquí algunas de las sumas de la filosofía, de la ética, de la estética, que constituyen el único alimento espiritual de las clases ignorantes, y de sus dignos directores, los hombres políticos.

La política se compone, de series contradictorias de nociones acerca de la mejor vía para que los hombres convivan en sociedades y en Estados. Mejor dicho, solamente en

Estados, porque para el político el Estado es la expresión única de la sociedad. Todo problema social, todo problema intelectual, todo problema moral lo considera el político incorporado en un problema estatal; su única orientación, su único ideal; su único punto de referencia es el Estado. ¿Qué es lo que más conviene al Estado? ¿Qué es lo que en cada momento conviene hacer para procurar la conveniencia del Estado? Si lo que conviene hacer para lograr la buena marcha del Estado está en flagrante contradicción con los primeros principios de los cuales deriva la razón de ser de ese mismo Estado, según las diversas concepciones políticas, nada importa. Se trata de una sinrazón que de tiempo atrás han conocido innumerables mártires con el nombre implacable de razón de Estado.

Y es ésta una profunda y trágica equivocación. Dentro de la complejidad indescriptible de las relaciones humanas, la faz política, la organización del Estado, no representa en sus líneas esquemáticas, sino un vínculo, un minúsculo vínculo, el vínculo jurídico que se traduce en una restricción de libertad individual en beneficio de la igualmente restringida libertad de los otros. Esta compensación de restricciones requiere una organización, una jerarquía, un sistema de leyes que la supervigilen y la hagan efectiva por medio de ciertas agencias de seguridad. Esa es, o debería ser la relación del individuo con el Estado. Fuera de este contacto con los órganos del poder, se extiende para el individuo un campo ilimitado de ideales y de intereses, cuya importancia solo él, él solo, puede y sabe apreciar en la intimidad de su conciencia. La religión, la moral, la belleza, el amor, la lucha por la subsistencia, el sentido de la vida y de la muerte, son nociones incoercibles que determinan la búsqueda individual de la felicidad y la regulación de la conducta. Cuando en la práctica de la vida se manifieste aparentemente una contradicción fundamental entre dos maneras de apreciar las cosas, y esa contradicción pueda traducirse en conflicto que perturbe la convivencia social, debe el Estado intervenir para impedir o restringir la manifestación externa de aquellas concepciones humanas. En todo otro caso, es de ley natural que el hombre tiene derecho a su vida, tiene derecho a su actividad, tiene, sobre todas las cosas, derecho a su conciencia.

¿Cómo encerrar la actividad humana, cómo encerrar las

aspiraciones, los afectos, los temores de los hombres dentro de un tosco y estrecho marco político, forjado por insignificantes minorías, a veces por iluminación apostólica, y las más de las veces en busca del propio beneficio? La concepción de la sociedad como mero ente político rebaja y atrofia las facultades de los hombres, porque no toma en consideración lo que hay de incoercible en el espíritu humano ni la fuerza creadora que representa la actividad práctica libremente regida por el temperamento, el gusto, la afición personal, el hábito de vida y pensamiento de cada individuo. En todo tiempo y lugar debería ser preocupación predominante de los hombres de pensamiento desviar la atención de la sociedad del problema político al problema humano; al problema del hombre ante el infinito externo y ante el infinito de la propia conciencia. Pero nunca como ahora ha tomado caracteres de urgencia este desplazamiento de centros de interés para las agrupaciones humanas, y para la nuestra particularmente.

Ha sido ley histórica verificada la tendencia de los hombres que se educan para el manejo del Estado, a extender las atribuciones y prerrogativas de ese Estado, y de paso la propia importancia y la propia conveniencia personal o de secta, al extenderlas. Este el origen de las monarquías absolutas, de las aristocracias, de las tiranías y de las dictaduras cuyo sombrío relato llena las páginas de la crónica humana. Un día, hace siglo y medio, entre relámpagos de terror y olas de sangre, llegó al mundo la primera palabra de efectiva liberación política. Ese grito resonó en el mundo, provocó revoluciones de independencia en todos los Estados y drásticas reacciones absolutistas; pero al fin y al cabo se impuso como ideal del universo, raramente alcanzado en la práctica, pero fijo en el espíritu de las mayorías desposeídas del poder público. Y he aquí que, no bien vencido el absolutismo estatal en las conciencias, una nueva teoría absolutista halla su origen en Europa a mediados del pasado siglo, y contrariada y desprestigiada al principio, se extiende en los últimos tres lustros de esta centuria con voracidad de incendio por el mundo.

Las doctrinas socialistas y comunistas, (entre el socialismo y el comunismo no existe sino una imperceptible diferencia de grado), representan un retorno al absolutismo de los peores tiempos de la historia; a la divinización

del Estado, no en la persona de un monarca o de un caudillo que podía ser y fue muchas veces iluminado, sino en la masa ignorante, instintiva, oscura, cruel e irresponsable de los proletarios. Es un absolutismo invertido; una pretensión de extender la influencia y la preponderancia del Estado hasta en los últimos detalles de la actividad individual; y un arrogarse de poderes omnímodos para interpretar por cuenta de cada individuo aquella noción del universo y aquel concepto de la felicidad que cada cual sitúa en una propia Cólquide remota. Y quienes han de ejercer tan tremendo poder sobre los hombres no son, por definición, el sabio y el filósofo, ni siquiera el caudillo militar de genio; sino el camarada zapatero, el camarada picapedrero, el camarada camarero. Se quiere destruir de un tajo la civilización, que es obra de los espíritus superiores. Obra de aquellos hombres que en la lucha por la vida, concepto adquirido de la ciencia moderna, lograron descollar por ser más fuertes en la voluntad, en el corazón, en la inteligencia, en el estudio.

Profundamente conturbador y medroso es el espectro del absolutismo puesto al servicio de cualquier idea; pero la dirección mental de las instituciones comunistas es más aterradora que cualquiera otra noción del Estado que se haya impuesto por la fuerza. El comunismo toma su origen, digamos filosófico, en una teoría inventada también por su inventor, y que se denomina el materialismo histórico. Consiste esta doctrina en asumir que todos los sucesos de la historia han sido primordialmente determinados por una causa económica: las cruzadas, por ejemplo, se originaron en el deseo de Europa de estrechar sus relaciones comerciales con el Oriente; la historia de Nariño, quien vivió en continua prisión y perdió todos sus bienes por procurar la independencia de Colombia, la explicarían los marxistas como la voluntad de asegurar una pensión del Estado a sus tataranietos. Si esta es la ley de la historia, quiere decir que el hombre está psíquicamente organizado para no moverse sino por motivos económicos; en modo que la sociedad y el hombre deben abandonar toda satisfacción espiritual para dedicarse a mejorar sus condiciones materiales de vida.

Doctrina más sórdida y más propensa a la brutalidad no se había expuesto en el mundo. Parece el delirio de un

paranoico. Pero se predicó en momentos en que la humanidad atribuía la próxima explicación del misterio del mundo al avance de la ciencia, y como estaba escrita en oscura jerga pseudo-científica, halló eco entre algunos intelectuales. Tenía también la concepción de Marx su aspecto militante; y el grito de "trabajadores de todos los países, uníos" para acabar con la civilización, despertó el entusiasmo en numerosos sectores de la masa proletaria, y condujo a las famosas reuniones y organizaciones internacionales. La descomposición de Rusia bajo el absolutismo de los zares, precipitada por la desastrosa guerra de Europa, condujo a la revolución que Lenin y Trotzky capitalizaron para implantar el comunismo en su primera aplicación práctica.

Y es un hecho curioso, pero de ocurrencia frecuente, el de que, verificado el fracaso de una teoría en su sitio, es recogida en otros sitios para implantarla con rigor más áspero. Es así como, después de los graduales retrocesos del comunismo en Rusia, cuando hoy se ha llegado a una carta que reconoce la propiedad particular, la libertad individual, la libertad de palabra y de imprenta, la doctrina comunista se extiende como una mancha de aceite por la tierra. Y para combatirla no se ha ideado sino el fascismo, otra desastrosa forma de gobierno absoluto. La actual lucha que desgarran a España es salvaje contienda de dos absolutismos nuevos; como si no hubiera tenido esa tierra con los Borbones y los de Austria. Hay veces en que el ánimo perplejo no sabe, como en la comedia de Calderón, si la locura está afuera o está adentro. También es posible que los pocos liberales que sobrevivimos, estemos completamente locos, al no saber apreciar las ventajas de la opresión y la violencia.

Ahora el comunismo ha llegado a nuestras puertas. Es la idea predominante en el mundo y no podíamos escapar a su contagio. Los universitarios han leído los folletos de propaganda bolchevique y afectan pensar que la salvación del país está en el aniquilamiento del hombre por el Estado, en la dictadura de la masa, en el logro de bienes materiales, en la supresión de la libertad individual. Las masas trabajadoras han sido víctimas de agitadores inescrupulosos, y para ellas es ya familiar, es ya sentido, el grito de viva el frente popular, viva la revolución social. En muchos lugares del país los arrendatarios ocupan como pro-

pias las tierras adonde llegaron como arrendatarios, y se hallan en franca rebeldía; las continuas huelgas amenazan de muerte nuestras nacientes industrias; y el sindicalismo, estimulado por el gobierno, cobra cada día mayores fuerzas y adopta en reciente reunión un programa de acción netamente colectivista. Por otra parte, y como para que no quedara duda, la limitación del derecho de propiedad, la posibilidad de expropiar sin resarcimiento, y la intervención del Estado en la marcha interna de las industrias, han quedado definitivamente consagradas en la constitución nacional.

De manera que este país, que de por sí tenía la mentalidad política, que se ha educado, por así decirlo, en la política, con descuido de toda otra preocupación de orden intelectual o de orden moral, está en proceso de adoptar formas de gobierno que monopolizan la actividad particular. Piensan algunos oponer a esta angustiosa situación una reacción derechista, o sea fascista. Peor que peor. En tanto los partidos históricos, compenetrados e identificados como están en el ideal liberal de gobierno que propuso la convención liberal de 1897 y que más tarde hizo propio el conservatismo en el poder, se desgarran en una pequeña lucha de minucias y de recriminaciones; sin darse cuenta de que tienen enfrente a ellos a su verdadero y tremendo enemigo; al enemigo de toda patria y de toda civilización.

¿Por qué no hacer un esfuerzo común para salvarnos; es decir, para salvar esta república, que es creación de dos grandes fuerzas históricas inspiradas en dos tendencias básicas del espíritu humano, las cuales habían llegado a comprenderse, a equilibrarse, casi a amarse? ¿Por qué no deponer este rencor, esta amargura tan profundamente injustificados y tan peligrosamente inoportunos? Una acción conjunta de las dos fracciones tradicionales, en cuyo desarrollo ninguna de las dos comprometiera su doctrina, podría salvar este poco de civilización que en cien años de cooperación o de roce hemos formado. De lo contrario vendrá el cataclismo, la horda, el descuartizamiento y el saqueo. No es pesimismo, no es mentalidad catastrófica. Basta leer en cualquier periódico las informaciones que momento a momento nos llegan de España, la tierra a la cual debemos la raza, el temperamento y la costumbre. También en España empezó tímidamente y sin sangre el izquierdismo.

Hay necesidad inaplazable de defender las bases de la

nacionalidad colombiana. Aquí habíamos alcanzado, en lo político, un estado de cosas que, si no era completamente satisfactorio, aparecía como un alto islote solitario entre la dictadura, la anarquía y el caudillaje característicos del trópico, y que, guardadas las proporciones, era sólo comparable con la vida constitucional inglesa. Conquistadas las libertades políticas, habiendo aprendido el Estado a respetar al individuo, porque el individuo había demostrado que sabía insurgir contra la opresión del Estado, estaban sentadas las bases de una gran patria futura. Era la hora de la acción conjunta para la educación del pueblo, para el acrecimiento de la riqueza pública, para la definitiva afirmación de la soberanía nacional frente a otras soberanías abusivas. Todo, en lo social, estaba por hacer en el país; pero se había creado la atmósfera de libertad y de respeto dentro de la cual son posibles las grandes realizaciones colectivas. En este momento nos llega la ola bolchevique.

Una tregua en esta lucha política de los dos partidos, que ya no tiene objeto ni significación alguna, puede enderezar el país a la consideración de los valores espirituales y morales amenazados y que son los solos que prestan importancia a este nuestro melancólico peregrinaje hacia la muerte. Frente al hombre que busca la última esencia del bien, de la verdad, de la belleza, y en Dios halla esa esencia, ¿qué significado tiene el problema político? ¿Ni en qué puede conturbarlo a quien arregla su conducta según una norma de generosidad para los otros y de severidad consigo mismo? Y para el que lucha en busca de su vida y de la vida de los suyos, ¿en qué grado debe preocuparlo esta lucha de amargas reminiscencias de partido? Sólo la libertad integrada por la cultura del espíritu hace la vida digna de vivirse; y en los días que corren la libertad que conquistamos y la posibilidad de la cultura periclitán. Suponiendo que la barbarie materialista llegara a estabilizarse en el poder y actuar su crédito, la vocación profesional o artística sería sometida a la racionalización del trabajo; el amor quedaría reemplazado por la eugenesia; la lectura de Shakespeare y del Dante por la de las obras oficiales; el estímulo individual que crea las empresas civilizadoras, por un salario del Estado; la familia por la sala-cuna; la patria por la universalidad de los proletarios; el culto de la divinidad por el culto del Estado. Pero, afortunadamente, lo

más probable es que, como está sucediendo en España, civilizados y bárbaros de diversas denominaciones, perezcamos todos en las primeras etapas del experimento.

Leopardi nos ha descrito, en forma inimitable, las reflexiones que inspiraba la aparición de las estrellas en un pastor errante del Asia. El impulso del alma hacia lo eterno y lo infinito y la averiguación de las causas y los fines del misterio de la vida, son connaturales con el alma humana, desde el alma del sabio hasta el alma del pastor errante. Repleguémonos por un momento sobre nuestro espíritu para medir si su inquietud divina se sacia en la copa de sangre y de veneno que le envía el Estado moscovita.

Bogotá, agosto de 1936.

JUAN LOZANO Y LOZANO,

